
Pedro Páramo en Yugoslavia

I

La década de los años sesenta marca la afirmación editorial de la literatura hispanoamericana en Yugoslavia. La precede un decenio crucial, inmediato a la ruptura con el stalinismo. Comienza entonces un ajuste de cuentas con el dogmatismo estético del realismo socialista. A la conquista de nuevos espacios para la propia literatura yugoslava (con una clara apertura a nuevos procedimientos literarios) se suma la acogida sin prejuicios a literaturas menos conocidas, se diversifica ricamente la capacidad receptora.

Hasta entonces, Horacio Quiroga, Ventura García Calderón, Manuel Gálvez, Enrique Larreta eran algunos de los nombres publicados. La década de los años cincuenta reservará un buen espacio a la literatura hispanoamericana. En 1953, se publica en serbocroata *La vorágine*¹, traducida por Kalmi Baruh, el más importante hispanista yugoslavo de preguerra. Al año siguiente, en Zagreb, aparece una nueva traducción² y, en 1955, se publicará también en lengua eslovena³. De 1954 data la publicación, también en esloveno, de *Doña Bárbara*⁴ y de *Cholos*⁵. El interés creciente por el espacio americano conducirá, en el 55, a la edición del *Diario* de Colón⁶. Otros títulos significativos pueden informarnos al respecto: los *Cuentos de la selva*⁷, *Hijo de ladrón*⁸, *Don Segundo Sombra*⁹, *Huairapamushcas*¹⁰, *Viento fuerte*¹¹. El argentino Pablo Rojas Paz¹², el chileno Juan Marín¹³ y el colombiano Eduardo Santa¹⁴, también figurarán entre los traducidos.

Esta línea continuará en los años sesenta con la publicación de algunas obras fundamentales: *El señor presidente*¹⁵, *Yuyungo*¹⁶, *Huasipungo*¹⁷, *Raza de bronce*¹⁸, *El águila y la serpiente*¹⁹, *Entre la piedra y la cruz*²⁰, las *Leyendas de Guatemala*²¹. Junto a estas muestras de literatura raigal, comienzan a publicarse obras de la nueva narrativa hispanoamericana, que proponen o reclaman otro tipo de lectura. Del 61 data *Los pasos perdidos*²². Un acontecimiento constituye la publicación, ya en 1963, y en la colección Metamorfosis —dirigida por Vasko Popa— de *Ficciones*²³; lleva un prólogo de Miódrag Pavlovich, fundador, junto con el mismo Popa, de la nueva poesía yugoslava. En la misma colección se publicará, en 1966, *Pedro Páramo*²⁴ y cuatro cuentos de *El llano en llamas*. Cierran la década, en materia narrativa, *El túnel*²⁵, *Las armas secretas*²⁶ y *La muerte de Artemio Cruz*²⁷, entre las obras más importantes.

2

Entre la edición serbocroata de *Pedro Páramo* y la eslovena²⁸, media algo más de

diez años. La primera, a pesar de la excelente traducción de Radoje Tatić (Rádoje Tátich), traductor también de Asturias y Cortázar, ha tenido una fortuna reducida. Casi soslayada por la crítica, sólo en la década siguiente (a impulsos de la popularidad europea y, por ende, yugoslava de la literatura hispanoamericana) logra emerger del olvido. Rulfo y su *Pedro Páramo*, por otra parte, aparecen citados bastante en trabajos de carácter general o sobre otros autores, pero no se les dedican trabajos específicos. Entre algunas excepciones para acercar a *Pedro Páramo* al público cabe el intento de la profesora y crítica croata Mirjana Polić (Mirina Pólich)²⁹. Surgida en un clima cultural favorable, donde la literatura hispanoamericana se había convertido casi en moneda corriente, la edición eslovena (traducción de Alenka Bole Vrabec) ha logrado mejor repercusión entre el público. Menor sigue siendo, sin embargo, la popularidad de Rulfo frente a la de Asturias, Carpentier, Borges, García Márquez, Cortázar.

3

En un texto de su *Mestiere di poeta*, recuerda Cesare Pavese que «narrar es monótono», un mono-tono. Quizá una de las grandes dificultades de los traductores de Rulfo resida en la «traslación» de ese clima moroso de la narración, de los efectos de lectura suscitados por *Pedro Páramo*. Por otra parte, la escritura marcadamente poética (los estilemas se introducen prácticamente en todos los niveles de la lengua) crea no pocos problemas en el momento de seleccionar las soluciones. Las relaciones, de un lado, entre lengua usual y lengua poética y, de otro, entre lengua estándar y variedad regional o coloquial, difieren a menudo en el texto original y en el texto terminal. Por otro lado, también difieren la extensión y la intención de las unidades semánticas. Una obra como *Pedro Páramo* (cuando hablamos de traducción) constituye un objeto precioso de indagación. No pocos problemas interesantes para la crítica literaria aparecen, a menudo, a partir de una operación de traducción, y no en vano, la posibilidad o imposibilidad de esta última ha sido objeto de atención por parte de lingüistas y críticos literarios.

4

Entre lenguas que pertenecen a grupos diferentes, uno de los problemas inmediatos planteados por la traducción es el de los nombres propios y topónimos. Cuando los mismos, más allá de su etimología, asumen un deliberado carácter simbólico, el traductor se enfrenta a una opción casi délfica. A menudo es posible encontrar en otras lenguas estas correspondencias simbólicas. En tal circunstancia, lo pertinente es: ¿traducir el significado del nombre?, ¿transcribirlo simplemente?, y, en este último caso, ¿fonética o etimológicamente? En *Pedro Páramo*, este problema podría plantearse a partir del propio título de la obra. Con respecto a los nombres incluidos en el texto, la actitud de los dos traductores difiere notablemente. Mientras Tatić traduce el significado de los nombres de lugares allí donde existe y respeta simplemente el original en caso contrario, Alenka Bole prefiere directamente la transcripción, solución por lo demás casi normativa en la lengua eslovena. La diferencia de criterio

no es poca; hace, además, al problema de resolver qué matices e informaciones del original deben pasar al texto terminal.

En una expresión como «Me había topado con él en “Los Encuentros”, donde se cruzaban varios caminos» (9), la relación insoslayable del nombre con el lugar que designa impone una correspondencia casi literal, así como el juego interno con «topar» y «cruce de caminos». Tatić traduce: «Sreo sam ga kod zapisa zvanog “Susreti”, gde se ukrstalo više puteva» (27), cuya retraducción literal sería: «Lo encontré en la encrucijada denominada “Encuentros”, donde se cruzaban varios caminos». Entre otras soluciones posibles, Tatić escoge lúcidamente el verbo «encontrar» y, por otra parte, agrega un nuevo matiz expresivo con el término «zapis», retraducido aquí como «encrucijada», pero cuyo significado explícito es: «árbol con una cruz tallada donde se encuentran los peregrinos». En otros topónimos, el traductor serbio opta por una solución distinta; así, transcribe fonéticamente «Los confines» (Konfini) prescindiendo del artículo, categoría gramatical inexistente en serbocroata. La preferencia por la transcripción original es propia del esloveno; por el contrario, el serbocroata (cuya escritura admite —según tradiciones culturales— en algunas regiones el alfabeto cirílico, en otras el latino, cuando no ambos en otras) debe servirse de la transcripción fonética más aproximada. En el segundo ejemplo Tatić parece escoger la expresión eufónica (no total, ya que excluye el artículo) y contrariamente al primer ejemplo pasa por alto el significado simbólico del término. Las diferencias de grafemas entre las lenguas española, de una parte, y eslovena y serbocroata, de otra, como asimismo las diferentes correspondencias entre grafemas y fonemas (el grafema *r* en las dos lenguas eslavas representa un fonema cuya transcripción aproximada sería *tr*, fonema, además, inexistente en español), constituye un aspecto no definitivamente resuelto en la problemática de la traducción. En otros ejemplos, el traductor serbio se sirve de la primera solución: «Puerta de piedra», trad. «Kamena vrata» (retr. «Puerta de piedra», «Puerta pétrea»). Sin embargo, esta solución no entra en un sistema rígido de preferencias; en el caso de la Media Luna (Medja-luna), Tatić se decide por la transliteración. Pero en un apodo como el Tartamudo, también la traductora eslovena abandona la transcripción original y escoge la traslación (Jecljavec, pág. 97). Otro tanto sucede con «Saltaperico»: «Kobilica» en esloveno, pág. 20; «Skakavac» en serbocroata, pág. 40.

La existencia de dos alfabetos en la lengua serbocroata multiplica y diversifica los criterios. Así, mientras en las regiones donde se utiliza la escritura latina se prefiere la transcripción original (ver, por ejemplo, el trabajo de M. Polić sobre Rulfo) en aquellas zonas donde predomina el cirílico la solución obligatoria es la transliteración, que luego se transfiere también a los textos impresos en alfabeto latino. No se agotan aquí las dificultades. Tatić adopta el criterio fonético en aquellos nombres como, por ejemplo, Juan (Huan), Miguel (Migel), cuyas transformaciones o transiciones eslavas (Ivan, Mihajlo) inducirían a una atmósfera y a un contexto diferente, pero se decide por sonorizar la (s) intervocálica de Susana (Suzana), transformación eslava donde tal inducción no se produce, por la extensión común del nombre. En el caso de los santos, cuando se trata de comunes, Tatić opta por la transformación; así, por ejemplo, San Cristóbal se convierte en Sveti Kristifor.